

era bastante humanamente para neutralizar la repugnancia tan natural y tan fuerte que inspiraban el dogma, la moral, el culto y el origen de la nueva religion?..... Era sobrenatural el celo de los apóstoles?.... ¡Oh! convengo en ello sin dificultad; pero entonces ese celo es un arma á favor nuestro y una prueba mas en favor de nuestra causa.

Queda la seducción de los prodigios. Ya se verá en el capítulo siguiente la realidad y la divinidad de los milagros hechos por los apóstoles, y de consiguiente lo vano de esa supuesta explicacion de los triunfos del cristianismo. Pero ¿quién no sabe que el paganismo oponia prodigios á prodigios (1)? ¿Quién no ha oido hablar de Apolonio de Tya-neá recorriendo casi todas las provincias del imperio para afirmar á los pueblos en el culto de los dioses por sus discursos y por los prodigios que le atribuian (2)? ¿Y quién no ve en último resultado que si los falsos milagros hacen ilusos cuando nada cuesta creer en ellos, hubieran sido insuficientes para hacer aceptar el cristianismo con todo lo que este tenia de repugnante á los espíritus y á los corazones, sin hablar de lo que debia en apariencia impedirles adherirse á él y que espondremos en breve?

Por lo tanto el cristianismo, privado de la fuerza de las armas, del poder de los reyes, de la influencia de la fortuna, no ha tenido para establecerse humanamente ni sus dogmas, ni su moral, ni su culto, ni su origen, ni sus predicadores. ¿Pues qué tenia entonces? Nada..... Y sin embargo se ha estendido: este es un hecho cierto sobre el cual no cabe duda, y mucho antes de Constantino se habia esparcido por todas partes, llenando, dice Tertuliano, las ciudades, las islas, los castillos, las aldeas, los campos, las tribus, las decurias, los palacios, el senado, el foro. De esto ponía por testigos en el siglo segundo, á los enemigos, á los perseguidores del cristianismo, en una defensa que

(1) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(2) *Id.*

publicó dirigida á los mas poderosos é ilustrados de ellos (1); y en verdad que no era imbécil ni insensato ese ilustre defensor de la religion cristiana..... Euhorabuena, me dirán, pero habló hiperbólicamente.... ¿Y acaso hombres como Tertuliano forman tales hiperboles por el solo capricho de aparecer á los ojos de todos como necio y ridiculo y de hacer triunfar á los enemigos á quienes quieren combatir?.... Y además ¿San Ireneo, San Justino, Origenes, Clemente de Alejandria, San Cipriano, Minucio Félix, Arnobio, llevaban tambien la monomanía del engaño oratorio hasta el punto de hacerse burlar y despreciar de todos los hombres sensatos, sobre todo, cuando para defender al cristianismo ante los paganos hablaban de la multitud de cristianos como de un hecho confesado por todo el mundo? ¿Y Tacito (2) y Plinio el jóven (3) y Séneca (4) y Dion Cassio (5) que hablan en lugar oportuno casi como Tertuliano, y Ceiso, que dice que la multitud de cristianos se hallaba esparcida por todas partes y que todo hombre cuerdo estaba disgustado de su doctrina por la muchedumbre misma de los que la abrazaban (6) eran tambien abogados cristianos que empleaban hiperboles exageradas?

Podria, pues, (y con tanto mas motivo cuanto que prescindo aqui de otras pruebas históricas del mismo hecho), podria, pues, mantener la cifra enorme que supone el testo de Tertuliano, pero nuestra causa no necesita de eso.

(1) San Ireneo, *Advers. hæres.*, lib. 1.º cap. 10.—San Justino, *Dial. cum Tryphon.*, núm. 117.—Origenes, *Homil. in Genes.*, núm. 9.—Clemente de Alej. *Stromat.*, lib. 6, cap. 18.—San Cipriano, *de Unitate eccles.*—Minucio Félix, *Octavius*, núm. 9.—Arnobio, *Advers. gentes*, lib. II, cap. 12.

Véase sobre el particular en los *Anales de filosofía cristiana* la retulacion de varios pasajes de la *Historia de la decadencia del paganismo en Occidente*, por M. Beugnot.

(2) *Anales*, lib. XV, 49.

(3) Carta 97.

(4) En San Agustín *de Civil. Dei*, lib. IV, cap. XI, núm. 36; y *Fragmentas de los libros de Séneca*, tom. IV, edicion de Turin, 1829.

(5) *Hist. rom.*, lib. 71, núm. 9.

(6) *Contra Cels.*, lib. II, núm. 46; lib. III, núms. 10 y 73.

Antes de Constantino habia una porcion de iglesias constituidas de un modo regular, en todos los puntos del imperio: las habia en la India, en las Galias, en España, en Grecia, en la Palestina, en Egipto, en el Ponto, en Africa, en la isla de Creta, en la Acaya, en Capadocia, en Persia, en Macedonia, en Epiro, en la Arabia, en Bythinia, etc.: este es un hecho patente para todo el que tenga ojos y eche una mirada sobre los documentos históricos de aquella época (1). Ahora bien, este hecho se realizó por medios humanos ó por medios divinos: no cabe medio. Se ha visto que no fué por medios humanos, luego fué por medios divinos. De consiguiente el establecimiento del cristianismo es un hecho divino y por lo tanto el cristianismo es divino también... ¡Pero cuánto mas asombrosa, por su fuerza irresistible de verdad, será esta consecuencia, cuando hayamos probado que el cristianismo que no tuvo en su favor nada que pudiera bastar para su establecimiento, tuvo en contra todo lo que humanamente podía impedirlo!

Abramos la historia de aquella grande época; y hablo de la historia reconocida por todos, hasta por aquellos que blasonan de ser justos y consecuentes en todo, á escepcion de la religion cristiana y de sus titulos. ¿Qué veremos en ella? A la inmensa sociedad pagana envejecida en el apego hereditario mas profundo al culto de los ídolos, que miraba como la religion primordial, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y que habia hecho engrandecerse

(1) A los documentos citados ó indicados añadiremos aqui el pasaje de San Ireneo, en que este santo doctor invoca el testimonio de las iglesias de Alemania, de España, de la Galia céltica, de Egipto, de la Lybia, de las que se hallan así en los extremos como en el centro del mundo. (*Advers. Icar.*, lib. I, c. 10); el de Tertuliano en donde escribiendo contra los judíos habla de las Iglesias de los parthos, de los medos, de los armenios, de los gétulos, de los moros, de la Iberia, de las Galias, de los bretones, de los sarmatas, de los dacios, de los germanos, de los scitas y de una porcion de provincias é islas desconocidas (*Advers. Jud.*, c. 7); y los concilios celebrados relativamente al dia de Pascua en Palestina, en Acaya, en el Ponto, en Roma, en las Galias, sin contar las asambleas de obispos de Asia menor (*Eusebio. Hist. eccl.*, lib. V, c. 13).

á las familias y á los imperios; la veremos devorada hasta las entrañas por el cáncer de la codicia, de la intemperancia, del egoismo duro y brutal, de la lujuria mas asquerosa; veremos á los pequeños y á los esclavos iniciados en todas las torpezas de los grandes y de los poderosos (1); los veremos á todos apasionados por las fiestas risueñas en que los aromas exquisitos, los brillantes adornos, los ricos cintillos, los juegos, los bailes y los conciertos embriagaban los sentidos. Y con sobrada frecuencia, como es sabido, en el culto pagano, constituidas las pasiones en sacerdotisas desvergonzadas de los dioses, modelos de todos los vicios, ofrecian impudentemente en altares abominables con la cabeza coronada de flores y los pies en el fango, el incienso impuro y fétido de una sucia corrupcion y de un torpe desenfreno.

Añádase á ese poder de la costumbre erigida en naturaleza, á ese poder de la tradicion inmemorial, de la inclinacion imperecedera y tan fuerte á todo lo que hace la felicidad del hombre carnal, los numerosos oráculos, los cuadros votivos en los templos, los prodigios atribuidos á los dioses (2).

Pues bien, el cristianismo se presenta á ese mundo pagano hiriendo con el anatema y cubriendo de solemne desprecio todas sus creencias, prohibiendo con inexorable severidad la pompa de sus sacrificios y fiestas y el placer de los espectáculos (3), exigiendo imperiosamente y sin demora un cambio moral completo en el individuo y en sus relaciones de familia y de sociedad, una renuncia absoluta de las inclinaciones favoritas, de los hábitos mas arraiga-

(1) Véase *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, part. 2.º cap. 1.º *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(2) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(3) Origenes *contra Cels.*, lib. VIII, 21, 24, 28.—Los paganos corrian con tal frenesí á los espectáculos, que Tertuliano pudo decir muy bien: «muchos hay á quienes la idea de verse obligados á renunciar á este placer aleja mas del cristianismo que el temor de ser condenados á muerte por haberlo abrazado» (*Contra los espectáculos*, núm. 11).

dos y tenaces, hasta el horror á una sola mirada voluptuosa, á un solo deseo impuro, á un solo pensamiento desordenado, el horror á la venganza en apariencia mas legitima, el perdón de las injurias mas graves, hasta el amor á los mas crueles enemigos; en una palabra, el cristianismo viene á reconstituir al hombre y al hombre todo entero; y en vez de todo lo que podia atraerle por los sentidos á una religion nueva, no ofrece mas que formas austeras, tristes, y la desnudez de un culto demasiado en armonía con sus dogmas y su moral. Ese recién llegado de Jerusalem, rechazado, escarnecido por la inmensa mayoría de la nacion que le habia visto nacer, al intentar hacer una revolucion completa en el hombre y en la gran masa de los pueblos, así en el espíritu como en el corazón y en los sentidos ¿debía vencer ó morir, especialmente cuando era despreciable á sus ojos en los apóstoles igualmente que en la vida oscura y en la muerte afrentosa de su fundador (1)? Porque naturalmente no podian mirar á Jesús sino como á un miserable vagabundo, á un vil rival de César justamente castigado por el gobernador romano. ¿Debía vencer ó perecer hallándose destituido de todo medio exterior, humano, de triunfo? ¿Cuándo para él todos los medios exteriores fueron otros tantos obstáculos, como lo probaremos en breve y tuvo que luchar contra tantos enemigos nacidos en su propio seno (2)? Para derribar la creencia de la sociedad pagana, tan halagüeña á las pasiones, arraigadas en lo íntimo de las entrañas, identificadas, especialmente en los romanos, con el patriotismo, confirmadas por los innumerables triunfos de sus águilas por su dominación universal, sostenidas por falsos prodigios (3); para

(1) Arnobio, I, 36.

(2) Nunca han surgido tantas herejías como en los primeros tiempos de la Iglesia; y los paganos no se descuidaban en echar en cara á los cristianos sus divisiones, que por confesion de Clemente de Alejandria, retardaban los progresos de la verdad (Origenes, contra Cels., lib. III, núm. 10.—Clemente de Alejandria, Stromat., lib. VII, núm. 8).

(3) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

dominar las costumbres mas disolutas, la licencia mas desenfrenada de todas las inclinaciones; para triunfar de todos los encantos de un culto sensual y hasta voluptuoso, la razón dice que el cristianismo, aunque hubiese estado armado de todos los medios humanos posibles, habria gastado inútilmente todos sus esfuerzos. Y al ver que privado de todo medio humano, trabajado por disensiones intestinas, y hallando los mayores obstáculos así en la antigua religion como en sí mismo, la destruyó antes de Constantino en una multitud inmensa de ciudades, provincias y reinos; al ver que en lugar de ella hizo entrar en los ánimos la convicción mas fuerte de sus creencias, hizo practicar maravillosamente los preceptos y hasta los consejos evangélicos, hizo abandonar todo lo que podia agrandar naturalmente y adoptar todo lo que naturalmente debía desagradar, la razón se queda muda de asombro y esclama levantando los ojos al cielo: ¡honor y gloria al Altísimo (4)!... ¿Qué será, pues, cuando haya visto que el cristianismo, para establecerse en el mundo pagano, no solo tuvo que luchar, sin auxilio exterior, contra los motivos de repulsión inherentes á sí mismo, inherentes á la sociedad religiosa en cuyo seno enarbolaba el estandarte de la cruz, sino que tuvo que vencer la oposición exterior mas fuerte, mas encarnizada, mas general!

Nada le faltó en efecto en este concepto de lo que debía hacerlo hundir, si no hubiese estado apoyado sobre el brazo del mismo Dios. Tuvo á la vez en contra suya á los emperadores que, como jefes de la antigua religion, se veian atacados personalmente por los progresos de la religion nueva, y á los oficiales y magistrados del imperio que veian en la religion antigua un elemento esencial de la organización civil y política que era preciso conservar á toda costa; tuvo en contra suya sus proscripciones, sus calabozos, sus hogueras y cuchillas, sus tigres y sus leones y sus legiones de verdu-

(4) I, Timoteo, 1, 17.

gos; tuvo en contra suya á los sacerdotes paganos amenazados en su existencia y en la de sus familias, y á la muchedumbre esclava de la autoridad sacerdotal; tuvo en contra suya á todos aquellos que por su arte, su profesion, su comercio, se hallaban materialmente interesados en el servicio de los dioses, á todos los que se aprovechaban de los templos y de los sacrificios (1); tuvo en contra suya á los ricos y á los grandes que desde lo alto de su fastuoso orgullo miraban con desden ese aborto de la Judea, osado nivelador del esclavo y del hombre libre; tuvo en contra suya á la mayor parte de las personas instruidas y de los filósofos que despreciaban el Evangelio de grosero estilo para su gusto, tanto como á los barqueros galileos fanáticos de baja esfera, deslumbrados por los nombres solos de Epicuro, de Aristipo y sobre todo del divino Platon (2). Todos se burlaban de los misterios cristianos como de una fabula mal fraguada, buena cuando mas para mujeres y niños (3); y semejantes á aquellos doctores judíos que al pie del Gólgota prodigaban las burlas mas insolentes al divino crucificado, tambien ellos se mofaban con risa despreciativa de una religion que no oponia á las persecuciones, á los suplicios mas crueles sino la paciencia, é iban diciendo que un Dios que no protegía á sus adoradores contra sus enemigos no era Dios (4). Ahora bien, si los filósofos eran impotentes para derribar la idolatría, no carecian de influencia para mantener creencias y prácticas favorables á las pasiones del vulgo... Hasta se vió en aquella época á escritores hábiles (5) poner su talento á servicio del paganismo

(1) Véase en las *actas de los apóstoles* (XIV, 24) al platero Demetrio que reúne á todos sus camaradas y los subleva contra San Pablo diciéndoles que el cristianismo iba á arrebatárles toda la ganancia que les procuraban sus obras en honor de Diana.

(2) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

(3) Luciano, *Philopatris*.—Origenes *contra Cels.*, lib. III, 44, 49, 56.

(4) Origenes *contra Cels.*, lib. VIII, 38, 34.—Minucio Felix *Octavius*, núm. XII.—Clemente de Alejandría, *Stromat.*, lib. IV.

(5) Celso y Porfirio, que escribió *según los consejos de Platon*, dice M. Ear-

y hacer sufrir á la nueva religion una guerra de pluma no menos temible quizá que la de la espada. Vióse formar contra ella en esa ciudad que Alejandro habia lanzado en su carrera sobre las márgenes del Nilo una escuela que desde el principio se anunció como una reforma y como un sosten de las antiguas creencias y del antiguo culto, y de consiguiente como enemiga del cristianismo, al que los neoplatónicos se esforzaron en poner un dique mezclando á un politeísmo depurado, ennoblecido, espiritualizado, cosas tomadas de la doctrina cristiana (1).

No faltó, en una palabra, á esa conjuración universal la guerra mas mortificante y de la mas tenaz calumnia. Si; derramóse el ultraje y la injusticia á manos llenas sobre los objetos mas sagrados de la fé y sobre los discípulos del Evangelio. El cristianismo, decian, es una *necedad absurda*, una *vieja ilusion*, una *espantosa demencia*; los cristianos son *locos rebelados contra la divinidad*; son *atéos abominables*, *antropófagos monstruosos*, *enemigos de las leyes de las costumbres y de toda la naturaleza*. «Merecen la cruz que adoran (2)», decian, y la cruz era entonces el instrumento maldito del suplicio mas infamante. Asi era que si sobrevenia alguna calamidad pública, á ellos se les echaba la culpa; solo ellos eran la causa por su impiedad, solo ellos debian sufrir la pena: una inundación, un temblor de tierra, el hambre, la peste eran obra de los

thelemy Saint-Hilaire. (*De la Escuela de Alejandría*, informe á la Academia de ciencias morales y políticas).

(1) Véase la *Universidad catól.*, tom. IV; los *Anales de filosofía cristiana*, tercera série.

(2) San Justino, *Apolog.*, I, núm. 6; *Apolog.*, II, núm. 3.—Athenágoras, *Apología de los cristianos*, núm. 30.—Tertuliano, *Apolog.*, II, VII.—Origenes, *contra Cels.*, lib. III, núm. 15; lib. VI, núms. 27, 40; *ad Autolyc.*, libro III, núm. 4.—Minucio Félix, *Octavius*, núms. 9 y 28.—Arnobio, *adversus gentes*, lib. I.—San Cipriano, *ad Demetrian.*

Tertuliano, Lactancio y otros mencionan con frecuencia la denominación de *hostes publici* aplicada á los cristianos, y en una inscripción relativa á la persecución de Diocleciano se lee: *Nomine christianorum deleta, qui rem publicam evertabant.* (*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

discipulos de Cristo que despreciaban á los dioses (1). Si permanecian firmes é impasibles en medio de los tormentos y de los suplicios de toda especie, era efecto de impuros maleficios (2), porque les atribuian prácticas llenas de torpeza y crueldad (3). Se les acusaba hasta de adorar la cabeza de un vil animal, y de ahí se tomaba pie para estigmatizarlos con el apodo mas innoble (4). En todas partes eran mal vistos y rechazados; eran los *parias* del imperio romano sobre los cuales se vomitaba por do quiera el ódio, la abyeccion, el oprobio y la infamia. Llegóse á emplear contra el cristianismo hasta el teatro (5) escuela poderosa de desprecio: ¿y quién lo creería? hasta la caricatura, esa arma tan apropiada para envilecer en el ánimo de los pueblos hasta las mas elevadas magestades de la tierra. Tertuliano nos dice que en la ciudad de Cartago fué espuesto al público un cuadro cuya pintura, por un abominable disfraz del mismo Jesucristo, provocaba á risa á la multitud, y cita la infame inscripcion que completaba ese espantoso sacrilegio (6).

De consiguiente guerra interior de la heregia, guerra exterior del paganismo, guerra del destierro, de las prisiones, de la cuchilla, del hacha, del fuego, de las bestias feroces, de los tormentos y de la muerte cruelmente variada y prolongada (7); guerra de un sacerdocio numeroso y poderoso y de todos los interesados en el culto de los

(1) Tertuliano, *Apolog.*, cap. 40.—Orígenes, *series commentarior. in Mattheum*, XXVIII, núm 39.—San Cipriano, *Epist. ad Demetrianum*.—Arnobio, *advers. Gent.*, libro I.

(2) Véase la *Universidad católica*, tom. IV.

(3) Tertuliano, *Apolog.*, VII.—Minucio Félix, *Octavius*, núm. 9.

(4) Se les llamaba *Asinarií*.—Tertuliano, *Apolog.*, XVI.—Minucio Félix *Octavius*, núm. 9.

(5) *Vida de los santos*, por Baillet, XXV de agosto, San Ginés

(6) *Apolog.*, XVI, *Deus christianorum Onokoitis*. Una figura semejante se halla en una ágata cuyo dibujo ha dado Munter en su obra titulada: *Los cristianos en la casa pagana* (Copenhague, 1828)—Véase la *Universidad católica*, tom. IV).

(7) Véase el capítulo siguiente.

idolos; guerra de los grandes y de los ricos; guerra de los literatos y de los filósofos; guerra del raciocinio; guerra de la calunnia, del desprecio, del sarcasmo y del ridiculo por la palabra, por la pluma y hasta por las artes; guerra de una especie de ilotismo á que estaban condenados los que abrazaban la religion nueva (1), todas las tuvo que sufrir el cristianismo: todo lo tuvo en contra suya, todo excepto á Dios. ¿No era esto bastante y muy de sobra para que si hubiese sido obra humana, la hubiera hundido para siempre en el olvido profundo y eterno en que han caido tantas locas empresas humanas?..... El cristianismo todo lo tuvo contra sí, y desarmado, todo lo venció; y á pesar de lo poco halagüeño, digo mal, lo repugnante que era por sí mismo para los paganos, ese océano de odio, de calumnias, de desprecio, de burlas y de ultrages, de poder humano irritado, furioso; ese océano desencadenado que mil veces debia sumergirlo sin remedio, se inclinó ante él arrojando sobre sus costas los restos inmensos de los ídolos y de sus altares, mientras que hundia en sus vastos flancos la antigua religion con sus vicios y sus crímenes y los desórdenes de toda especie de que era madre querida y adorada protectora. ¿Quién es, pues, el que puede gloriarse del establecimiento del cristianismo? ¿Serán acaso los hombres? Esa obra se consumó á pesar suyo, á pesar de todos los esfuerzos combinados de todas sus pasiones, á pesar de la masa compacta de todos los obstáculos que pudieron oponerle; y eso demuestra cuán poco sólida y cuán contraria á los hechos históricos es la alegacion de los que por no reconocer en eso la accion divina han hablado de amor á la novedad ó disgusto por la idolatria. ¿Cómo puede en efecto hallar cabida el amor á la novedad en ese desencadenamiento universal contra la nueva religion, ni el disgusto por la idolatria en ese furor de sostener el politeísmo por todos los medios humanos imaginables (2)?

(1) Véase la *Universidad católica*, tomo IV.

(2) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

Pero para conocer mejor todavía que solo á Dios corresponde la gloria del establecimiento del cristianismo, pongamos á un lado el paganismo con sus emperadores, sus gobernadores proconsulares, sus magistrados y sus verdugos; con sus sacerdotes y todos sus adláteres y todos sus fautores interesados; con sus Cresos y sus grandes señores; con sus prosistas, sus poetas, sus filósofos y sus burlas y sus razonamientos sofisticos; con sus dogmas enteramente sensuales, su moral tan cómoda, su culto embriagador, sus juegos, sus fiestas, sus espectáculos; añadamos sus oráculos, y sus prodigios y sus vicios bajo todas las formas y de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases; su corrupcion pública, universal, desde las mas altas notabilidades hasta el último grado de la gerarquia política, civil y doméstica; añadamos, en fin, ese abismo insondable de desenfreno del espíritu, del corazón, de los sentidos, de la palabra, de la pluma, de las artes, embellecido, ennoblecido y consagrado por aquella religion.—Y al otro lado pongamos al cristianismo solo, sin recurso ninguno, ni de la ciencia, ni de la riqueza, ni de la fuerza; al cristianismo con un nacimiento, un apostolado, un culto, una moral y unos dogmas enteramente desfavorables al hombre pagano; al cristianismo solo, teniendo que habérselas á la vez con enemigos interiores y exteriores. ¿Cuál de los dos debía vencer naturalmente en la balanza? El paganismo, como se ha visto, era la montaña contra el grano de arena, y sin embargo, el grano de arena fué el que venció. ¿Y qué auxilio debió tener para ello? El peso del poder de Dios, y nada menos. La razon lo proclama, y por ese mismo hecho proclama la divinidad del cristianismo, cuyo esplendor va á duplicarse con el exámen de los hechos divinos que han producido su establecimiento en el mundo.

## CAPITULO IX.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LOS HECHOS DIVINOS QUE HAN SERVIDO PARA ESTABLECERLO.

La accion de Dios, que la razon demuestra haber debido intervenir necesariamente en el establecimiento del cristianismo, se halla históricamente revelada por hechos incontestables y divinos de poder, de ciencia, de celo y de virtud. Pero antes de entrar directamente en las pruebas de esos hechos, tal vez no será inútil indicar aqui una especie de presuncion legitima en favor de esas cuatro especies de milagros.

En las ciencias humanas, cuando se comprueba un fenómeno cuya explicacion no puede hallarse en tal ó cual orden especial de leyes de la naturaleza, se dice: La causa está en otra parte. Indágase esa causa, y cuando en otra parte se encuentra una explicacion satisfactoria, se la acoge con placer y se dice: Esta es, porque lo explica todo. Una cuestion religiosa tiene derecho á ser tratada por lo menos bajo el mismo pié que una cuestion científica. Una vez, pues, que está demostrado, no solo que el establecimiento del cristianismo no pertenece á tal ó cual orden de fenómenos naturales, sino que se halla fuera completamente de todo orden de hechos humanos, es preciso buscar su ex-